

Los días de gloria - IV

Los bailes del 31 de diciembre

Ninguna crónica de la vida social en la segunda década del siglo estaría completa sin una referencia al máximo acontecimiento, la más conspicua y rumbosa de las fiestas del país. Ese acto solemne era, como las reuniones de Versalles en tiempo de los Luises, o como una especie de Cobourg Saint Germain, una manera de consagrar para siempre a "los que son" y dejar por fuera a los "los que no son". ¿Y quién y con qué credenciales decidían quiénes eran y quiénes no? Esa pregunta es difícil de contestar en un país de gentes que cultivaban la tierra, aunque no siempre la poseían, acaso por no ser mansos, como dicen las Bienaventuranzas, y donde no hay ninguna familia, por empingorotada que sea, que no tenga un pariente de pie en el suelo o una pariente de la que nunca se haya dicho nada.

Tampoco era el vil metal lo que determinaba la elección de los agraciados con las invitaciones. No pocos tenderos y bodegeros gastaron entonces su capital por "llegar" a la cumbre sin lograr ese galardón para sus hijos. Eran más bien los apellidos los que contaban, porque los que los llevaban se cuidaban mucho de honrarlos. Pero cuando los apellidos comenzaron a desprestigiarse por la conducta dudosa de los que los habían heredado, se empezó a acabar lo que decían "el pan de leche". Por supuesto había un argumento para justificar y era el ciertísimo decir que "ningún cristiano estaba safo de una contingencia" Es lo cierto que en cuanto atonaba a la categoría social, el Baile del 31 de diciembre en el Nacional constituía entonces el espaldarazo o l'accolade. Y era natural que los padres de las niñas casaderas cuyas nupcias se habían retardado por uno u otro motivo, hicieran toda clase de sacrificios porque sus hijas se estrenaran o tantearan su suerte una vez más si ya lo habían hecho, para lo cual había que gastar mucho pistor. Pues un vestido de baile, de raso u otra tela blanca, valía hasta doscientos colones, sin incluir las zapatillas, las medias de seda transparentes, los guantes de cabritilla, aretes, un sofocante, si era posible, y —no había que olvidarlo— la diadema con piedras legítimas o de pega (de noche los gatos son pardos) y algún pringue de perfume fino francés, porque el de patchouli no era muy bien visto, mejor dicho, no muy bien olido. Aunque el día de San Silvestre, por la noche, en que tenía lugar el Baile era bastante frío, por motivos que no son fáciles de comprender, algunas damas insistían en llevar abanicos españoles o chinos, para abanicarse y a veces para ocultar el rostro de la mirada de algún moscón, cuyas atenciones podían comprometer a la dama si no por otra causa, por la de que se sabía que había dejado plantadas en el altar a tres novias. En cuanto a los trajes de etiqueta de los hombres, el frac o el esmoquin, aunque su costo inicial era alto, el desembolso se hacía una sola vez y generalmente podría usufructuarse por espacio de hasta veinte o treinta años, y aun heredarse. Pero siempre había que gastar en la camisa blanca, con puños pistizos y cuello duro, blanca, para el frac, que había que renovar cada vez que se usaba, pues tenía la tendencia a ponerse amarilla, y entonces no había cloro que la blanqueara. La corbata negra o, para ser más exacto —el corbatín, no había que cambiarse muy a menudo, excepto cuando su broche ajustable se herrumbra, lo que ocurría a menudo por la gran humedad de la atmósfera, que hacía, innecesario racionar el agua, pues la acequia de las Arias era ina-



Cristián Rodríguez

gotable y los estanques de la cañería, situados cerca del puente de la Estación del Ferrocarril al Atlántico, eran de tal capacidad que podría haberse bañado toda la población josefina, si les hubiera dado por ahí el naípe. Las camisas de cuello pegado no se conocían y tampoco habían hecho su aparición los cuellos semiblandos o blandos, de modo que había que usar cuello almidonado, que para el frac tenía que ser vuelto o del tipo imperial (vuelto pero de abertura muy angosta). Hoy las cosas han cambiado y el esmoquin puede llevarse con camisa suave (sin pechera almidonada) y con corbata negra de nudo. Es más, el esmoquin podía usarse sin esmoquin, o sea, sustituido por saco negro, "oh tiempo de mis amores" como decía cierto magistrado, traduciendo así la frase de Cicerón: "O tempora, o mores".

No me extenderé en la descripción de la transformación de la platea en salón liso, al nivel del escenario, porque esta operación, que permite el mecanismo del Nacional, se practica todavía, aunque los invitados no vayan como antaño a divertirse, sino a "hablar paja", como se dice, pues el salón es teatro de grandes conferencias internacionales cuyos resultados se caracterizan por no tener ninguno, si no es el de acrecentar la desunión de las repúblicas americanas.

De lo que ocurría en el interior del teatro durante el Baile de Fin de Año, no tengo conocimiento directo, y algunos pone en duda la veracidad de mi testimonio, reusándome por no ser testigo presencial. La verdad es que entonces no tenía la edad reglamentaria para ser invitado, y aunque la tuviera no se me había invitado, no solo porque no tenía traje de cucaracha —pues me lo habría podido dar prestado algún amigo— sino por el poderoso motivo de que no era ni soy de "sociedad" y moriré sin haber alcanzado ese Paraíso y también porque no sabía bailar. Muchos años después aprendí a bailar el "Chin Chin", que era uno de esos nuevos bailes que llamaban "one step".

En comer y rascar (o bailar) —dice un refrán— todo es empezar. Puede que así sea, sobre todo en el comer. Respecto del bailar existen sus dudas. Aunque hay ahora academias de baile que enseñan a cualquiera a bailar, aunque sea viejo, muchos escépticos creen que los viejos toman lecciones en las academias porque es la única oportunidad que tienen de tomar a una joven guapa en sus brazos. Las profesoras de baile son siempre guapas porque de ese modo los clientes no se niegan a pagar los altos honorarios. Nuestros hombres nunca se distinguieron por su habilidad como bailarines, aunque los había que se desempeñaban muy bien, y hacían honor al frac que llevaban y que al dar vueltas rápidas los faldones flotaban rítmicamente como otros gallardetes. La inmensa mayoría no bailaba bien. Los viejos, especialmente, bailaban con un brincadito ridículo, acentuado por la costumbre de llevar el compás con uno de los hombros. Por demás está decir que las damas bailaban con ellos únicamente por cortesía. Otros vejetes tenían el hábito de escoger compañeras muy pequeñas, de modo que te-

nían que inclinar el cuerpo sobre ellas y de ese modo parecían caminar con la cruz a cuestas por la calle de la Amargura. Otros apretaban tanto a la compañera con un brazo mientras le oprimían el diagrama con el otro que la dama parecía que en cualquier momento iba a sacar la lengua para alivio de la presión.

Lo más importante de esa fiesta anual era el desfile solemne con que se iniciaba, y en el cual daban una vuelta por el salón los participantes de aquel memorable acontecimiento, por parejas, cada dama del brazo de un caballero, que podía ser el novio, o más frecuentemente su anciano padre, para conjurar el peligro de que la dama quedara de pavo o, como dicen en inglés, se convirtiera en una "flor de pared" (wall flower). Las piezas, generalmente valeses, muy cadenciosos, se tocaban con largos intermedios, para dar oportunidad a que las jóvenes o señoras pudieran concertar el próximo baile, si no habían podido llenar su carnet, pues al revés de lo que pasa ahora, había más hombres que mujeres, ya la superabundancia de varones, aunque parezca mentira —hacia más encarnizada la competencia.

Los programas de la música de baile se confeccionaban con el mayor esmero y con magnífico gusto, pues abundaban los valeses viernes tradicionales, el "Danubio Azu", "Emperador" "En los bosques de Vinea" y otros, algunos de los Straus, más el nuevo repertorio tomado de la música bailable de las operetas de entonces, "la Viuda Alegre", "Eva" el "Sueño de un Vals", etc. En ese tiempo ya las cuadrillas y los lanceros —que bailó en su juventud mi madre— habían pasado de moda y se bailaban por parejas, con un brazo echado al hombro. Hubiera sido inconcebible que una pareja se separara y comenzara a hacer piruetas gimnásticas, como otras tantas culebras con cólico. El resultado de esos usos es que en el baile prevalecía un ritmo uniforme y se bailaba con la elegancia de los bailes de Viena en tiempo de los Habsburgos, si son ciertas las reconstrucciones que ha hecho el cine. Como muestra de deferencia y para mostrar su simpatía por el compañero, una dama se quitaba uno de los guantes y había contacto directo de las pieles de las manos, aunque el contacto de mejilla a mejilla habría de esperar muchos años para producirse.

Era inevitable que después de cada baile del Nacional se produjera cierta dosis de comentarios aviesos y chismografía, pues nunca las cosas resultaban "comme il faut". Por ejemplo, se comenta que Fulanita, que tenía un primero y segundo apellidos de refulbrón, hubiera asistido y bailado con un joven de "medio pelo" de esos que ascienden la escala social, a fuerza de las invitaciones costosas que hacían a los "levas", que ni siquiera las agraden, porque las consideran como un tributo o vasallaje natural a que tienen derecho por su cuna o por la hamaca en que se mecieron en la niñez. Ese fulano, intruso y atrevido,

(Pasa a la Pág. 16)

Les jours de gloire - IV

Los bailes del 31 de diciembre

(Viene de la Pág. 15)

comenzó su ascenso —se decía— poniéndose polainas y portando un foete en la mano, aunque no tenía caballo propio y era además muy mal jinete. ¿Pero qué podía hacer la fulanita de los dos imponentes apellidos, si nadie la miraba ni siquiera a lo lejos, desde la esquina? Hablando en plata blanca el joven objeto de maliciosos comentarios era digno

de toda consideración y el hecho de que hubiera nacido en la Isla (Distrito de San Sebastián) y pasado su juventud en una parte del barrio de la Dolorosa que llamaban la Puebla, no se le podía enrostrar en un país que se consideraba demócrata hasta las cachas. Además ese joven había llegado hasta el Tercer Año del Liceo, lo cual no podía decirse de algunos de los diputados que dictaban la suerte del país.

Puede decirse que los Bailes del Nacional, como institución han desaparecido, junto con las retretas y los recreos, el Toro Guaco y la Giganta y demás instituciones de la San José de carretas y malas calles. Ahora que lo único malo son las aceras y los numerosos accidentes de tránsito, aunque hay que pensar en que las empresas funerarias tienen también el derecho a vivir.